

# Editorial

## *Yugoslavia: un juicio sobre occidente*

La guerra en los Balcanes plantea cuestiones graves sobre la realidad humana actual y sobre su futuro, que van más allá del curso concreto del conflicto y de su posible solución. No se trata aquí de analizar las complejidades concretas de esta nueva guerra europea y estadounidense, más estadounidense que europea —para lo cual otros están mejor capacitados—, sino de reflexionar sobre lo que ella muestra acerca del estado actual de la humanidad.

Dos cuestiones interesan en concreto. La primera es cómo lo que comenzó siendo una operación militar motivada por razones supuestamente humanitarias y respaldada en el derecho internacional está a punto de convertirse en un fiasco de grandes proporciones al no conseguir los objetivos propuestos y al tener que dejar, muy probablemente, las cosas tal como estaban al principio, habiendo de por medio un drama humano de gran envergadura, causado por la destrucción y la muerte. La segunda es cómo entender esta nueva aventura de las potencias occidentales y en concreto de Estados Unidos. Todo ello interpretado desde América Latina.

### 1. Ninguna guerra es humana

El objetivo declarado por las potencias occidentales para intervenir militarmente en los Balcanes era evitar un desastre humanitario, del cual se responsabiliza al dictador serbio Slobodan Milosevic, quien pretende mantener a toda costa la hegemonía de su etnia. El carácter criminal de la política serbia respecto a las otras etnias de la antigua Yugoslavia es innegable. Se trata de un régimen racista y ultranacionalista, que practica la limpieza étnica y el terrorismo de Estado como formas de dominación. Pero Milosevic no es más que último eslabón de una larga historia de conflicto entre las diversas etnias que pueblan los Balcanes. Milosevic podría desaparecer, pero la causa profunda del conflicto persistiría.

Llevadas de un fervor político y moral pocas veces visto, las potencias occidentales decidieron librar a los Balcanes de lo que percibían como un

desastre casi seguro e inminente. La operación sería rápida y limpia, es decir, casi sin bajas, por lo menos en las filas de la alianza occidental y del lado civil. Sería tan rápida y limpia que las potencias agresoras no creyeron necesario declarar la guerra. Su meta consistía, nada más y nada menos, que en poner fin a un conflicto de carácter nacionalista entre serbios ortodoxos y albaneses musulmanes, que tiene más de seis siglos de historia.

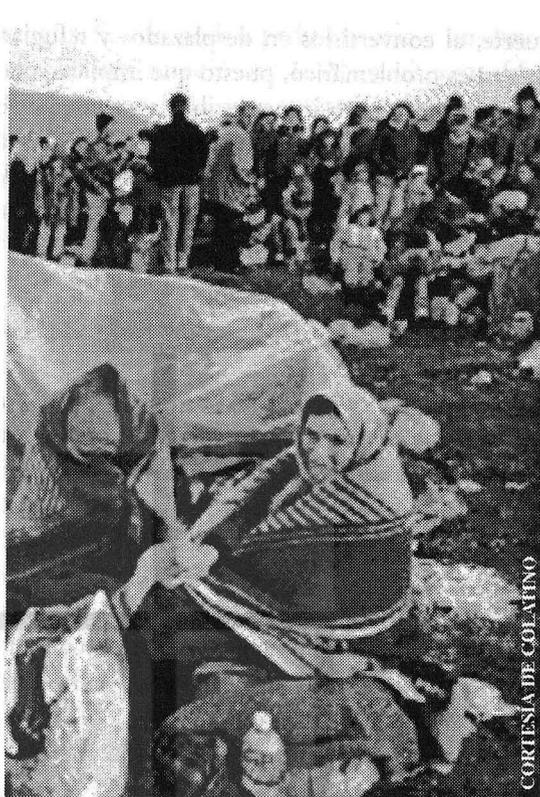
Mes y medio después de iniciada la intervención militar, planteada como una operación exclusivamente aérea, el objetivo militar no ha sido conseguido, pues el régimen se mantiene, no obstante el bombardeo nocturno continuo e intenso; el objetivo político tampoco se ha alcanzado, porque en lugar de volver a la población serbia contra el dictador, éste cuenta con el respaldo incondicional de aquélla; el objetivo humanitario ha sido sustituido por el éxodo masivo de la población a la que se pretendía defender. El régimen serbio intensificó sus operaciones de limpieza étnica de tal forma que provocó el desplazamiento de cientos de miles de albanokosovares musulmanes, quienes han buscado refugio en las débiles y pobres naciones vecinas. Para empeorar las cosas, las fuerzas aliadas no han podido evitar la muerte de civiles, víctimas de las bombas.

Lo que al principio parecía muy claro, ahora ya no lo es. Las potencias occidentales, en particular las que integran la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), han sido desbordadas por los acontecimientos que ellas mismas han provocado. A estas alturas del conflicto, ni siquiera se atreven a recordar cuáles son los objetivos del bombardeo de Yugoslavia. La falta de resultados ha llevado a algunos a afirmar que el ataque aéreo nunca debió haber tenido lugar, pero agregan de inmediato que tampoco se puede dar marcha atrás, porque entonces el poder disuasorio de las potencias occidentales, organizadas en la OTAN, no sería creíble.

Según esta lógica, la falta de resultados se debería a que la operación militar habría sido mal planificada, pues los estrategas no habrían previsto medidas para contrarrestar, o al menos para obstaculizar, la venganza serbia y porque tampoco habrían considerado la participación de la infantería. Ni siquiera se habrían podido evitar unas muertes que se califican como "accidentales", pues la tecnología de alta precisión debiera haberlas evitado. Todo se debería a un error de cálculo o a una irresponsabilidad de quienes tomaron la decisión.

No está muy claro por qué las potencias occidentales no incluyeron a la infantería en sus planes. Quizás no lo hicieron para no alarmar más de la cuenta a los políticos de la oposición y a sus poblaciones respectivas. Pues los manuales militares establecen como principio básico que sin el apoyo de tropa en tierra, la eficacia de cualquier ataque aéreo es muy limitada. Ahora bien, la utilización de la infantería aumenta grandemente la posibilidad de bajas en las propias filas. Los gobernantes occidentales saben bien que una

guerra como ésta tendría que concluir en cuanto las imágenes de los primeros cadáveres de sus propios soldados se difundieran. Granada, Panamá y el golfo Pérsico son buenos ejemplos de la eficacia del uso combinado de la aviación y la infantería. Desde una perspectiva política, la amenaza de las potencias occidentales sólo podía ser creíble si éstas mostraban su disposición de ir hasta las últimas consecuencias. De hecho, la iniciativa militar se toma cuando su éxito está asegurado. Más de un mes después es claro que si la OTAN hubiese preparado la infantería, probablemente no hubiera tenido que utilizarla; pero como no lo hizo, ahora es posible que ésta tenga que entrar en combate, si es que decide seguir adelante con la opción militar.



CORTESÍA DE COLAHINO

Pero no hubo mala planificación ni olvidos. Según informes bien documentados de la prensa estadounidense, la *CIA* habría advertido a la Casa Blanca que los ataques aéreos contra Serbia acelerarían la campaña de limpieza étnica contra los albanokosovares y, en consecuencia, desaconsejó la operación. El Péntagono habría mostrado la misma reserva. No obstante estas advertencias, la cúpula política estadounidense decidió bombardear, arrastrando consigo a la OTAN, convertida en un instrumento de su política.

A estas alturas del conflicto, es evidente que las bombas y los misiles no pondrán fin a diferencias étnicas y religiosas seculares. El bombardeo, organizado para ayudar a los albanokosovares musulmanes, paradójicamente los ha puesto en grave riesgo de extinción. Las bombas y los misiles han agudizado lo que ya era, en sí misma, una tragedia humana. El bombardeo sistemático de objetivos civiles, que el mando occidental considera estratégicos, está llevando a la destrucción de la infraestructura de Serbia y sus consecuencias se dejan sentir con fuerza inusitada en los Balcanes. La guerra es un callejón sin salida para Estados Unidos y sus aliados. Pretendiendo ayudar a una población en peligro, lo único que han conseguido hasta ahora es agravar su

suerte, al convertirlos en desplazados y refugiados. Su retorno a su lugar de origen es problemático, puesto que implicaría la ocupación militar de Kosovo durante un tiempo impredecible, y sería además una operación muy costosa y no exenta de riesgos militares y políticos. Es así como cada vez son menos los que creen en las buenas intenciones de las potencias occidentales en cuanto a evitar una catástrofe humana o a defender la civilización occidental europea.

La hipocresía de los políticos estadounidenses y europeos es grotesca. Han utilizado a los desplazados y refugiados como argumento para justificar una aventura militar sin ningún escrúpulo y sin reparar en las consecuencias humanas de su decisión. De forma similar han manoseado el concepto de los derechos humanos. Ambas realidades las han utilizado para encubrir sus verdaderas intenciones, pero la guerra misma se ha encargado de desenmascararlos. La guerra de Yugoslavia pone en evidencia una vez más que no existe guerra humanitaria. Por consiguiente, tampoco se puede esperar alcanzar fines humanitarios haciendo la guerra. Si los dirigentes de esta civilización occidental alguna vez pensaron que su guerra era humanitaria, no están muy lejos del enemigo que buscan aniquilar con ella. Una civilización que espera obtener fines humanitarios causando sufrimiento y muerte, es una civilización que ofrece muy pocas ventajas a la humanidad. Si los fines verdaderos de esta guerra son otros, la civilización occidental actual es perversa.

## 2. El principio de soberanía: una cuestión abierta

Una vez descartado el argumento humanitario, hay que explorar si en algún caso excepcional sería legítimo intervenir militarmente en otro Estado. La discusión tiene su trascendencia, porque la carta de Naciones Unidas autoriza el uso de la fuerza contra un Estado cuando los recursos de la negociación están agotados, la paz está amenazada y siempre y cuando el Consejo de Seguridad lo autorice. Este procedimiento ha sido utilizado en algunos casos muy contados, como el de Irak; pero no es lo normal, porque el Consejo de Seguridad no aprobaría la mayoría de las intervenciones militares que, de hecho, ocurren. Por eso, los estados simplemente no acuden al Consejo de Seguridad y actúan *de facto* o si lo hacen, es con la certeza de contar con su aprobación.

El valladar jurídico contra la intervención es el principio de soberanía. Hay quienes defienden su carácter absoluto, que no admite ninguna clase de intervención, bajo ninguna circunstancia, y quienes lo interpretan de una manera relativa, admitiendo excepciones. Si el principio de soberanía es absoluto, ningún Estado puede intervenir en los asuntos internos de otro, aun cuando éste violente los derechos fundamentales de sus ciudadanos de una manera cruel y sistemática. En este caso, por ejemplo, una dictadura militar al estilo latinoamericano o africano no concierne más que a los ciudadanos

afectados. En consecuencia, ningún Estado podría pedir cuentas a un dictador como Pinochet. Pero eso fue lo que sucedió con la Alemania nazi. Una omisión que occidente ha lamentado *post facto*. Esta interpretación del principio de soberanía es contraria a la mayor conciencia de corresponsabilidad que existe en la humanidad actual. Es cierto que es más teórica que práctica, pero representa un avance en la dirección correcta. No hay que olvidar tampoco que los estados han cedido porciones importantes de su soberanía en las esferas económica e incluso política, a través de instrumentos internacionales de diverso tipo.

Si el principio de soberanía admite excepciones, hay algunos hechos —como el genocidio o los llamados crímenes contra la humanidad— que no son asunto exclusivo de los jefes de Estado, sino que conciernen a la comunidad de naciones, la cual no sólo puede, sino que debe intervenir para detener tales hechos y, o para castigar a sus responsables. Pero si esto puede parecer evidente, no sucede lo mismo con el cuándo y cómo intervenir. La humanidad es cada vez más consciente que el respeto a los derechos humanos debiera ser un límite intraspasable, lo que no está establecido con firmeza aún es cómo determinar con objetividad cuándo dichos derechos han sido violados como para justificar una intervención, ni cómo intervenir para garantizar su restablecimiento. Si la defensa de la soberanía, aun a costa de la vida de la población, es inaceptable, también lo es la intervención militar unilateral. A estas alturas de la modernidad, está de sobra comprobado que la intervención militar no es el medio más adecuado para garantizar el respeto de los derechos humanos. Todavía no se conoce una intervención de esta clase que haya podido garantizar la vida y el bienestar de un pueblo.

En teoría, velar por el derecho a la vida, por el derecho de soberanía y por el derecho de no intervención correspondería a Naciones Unidas y, en una medida más limitada, a los bloques regionales. Sin embargo, no existe consenso sobre los alcances del principio de soberanía. La práctica muestra cada vez más que el sistema de Naciones Unidas está en bancarrota. Las grandes potencias industrializadas y atómicas no suelen tomarlo en serio. Aunque hay diferencias, Estados Unidos es la más irrespetuosa. Se niega, por ejemplo, a cancelar su millonaria deuda por cuotas atrasadas, porque no la considera un instrumento útil para su política exterior. El Consejo de Seguridad, donde se sienta la mayoría de estas potencias, no ofrece suficientes garantías de objetividad, porque sus vetos no suelen responder a la defensa genuina de los derechos humanos y la vida, sino a conveniencias propias de un orden muy variado. Los bloques regionales contribuyen poco, en la medida en que son cooptados por las grandes potencias. Con todo, es mejor contar con organismos internacionales de esta clase que no tener ninguno. Esto no debiera ser excusa, sin embargo, para no emprender una reforma estructural y democrática del sistema internacional.

El principio de no intervención sigue teniendo validez, aun cuando admita las excepciones establecidas por los instrumentos internacionales. El caso de Yugoslavia lo demuestra una vez más. Reconocer excepciones no equivale a afirmar el principio de injerencia, según el cual las potencias que se consideren ofendidas pueden intervenir donde, cuando y en las condiciones que convengan a sus intereses. Esto significaría hacer de la excepción un principio fundamental. Sin embargo, el reconocimiento del principio de no intervención tiene su correspondencia en el respeto riguroso, por parte de los estados, de los compromisos adquiridos en los instrumentos internacionales, orientados a resguardar los derechos civiles, políticos y sociales de la población. Es obligación primordial de los estados velar para que esos derechos sean una realidad operante.

De hecho, el sistema de Naciones Unidas descansa en un pacto de automilitación internacional relativo, puesto que reconoce excepciones. La funcionalidad del sistema depende tanto del respeto del pacto como del apego riguroso a las condiciones en las cuales admite la excepción. El reconocimiento de la excepción e incluso el respeto de los derechos humanos como elemento esencial de la política exterior no implican *ipso facto* el recurso a la fuerza militar. Ni mucho menos la autorización para actuar a título individual o colectivo sin mandato expreso del Consejo de Seguridad.

### 3. La guerra siempre es un mal

La intervención de Estados Unidos en Yugoslavia, a través del paraguas de la OTAN, no sólo ha puesto en grave peligro el orden jurídico internacional, ya de por sí débil, sino que también ha instrumentalizado de una manera burda la defensa de los derechos humanos y la causa humanitaria. No es extraño, entonces, que sus resultados sean todo lo contrario a lo esperado. Aun cuando la defensa militar de valores humanitarios estuviera justificada —algo muy discutible— y aun cuando esos valores fueran defendibles legítimamente, Estados Unidos ha intervenido por la sola razón de ser la única potencia mundial, es decir, en virtud de su poderío militar y económico. Eso es lo que le permite colocarse impunemente por encima de la legislación y la institucionalidad internacional. Es así cómo la intervención unilateral es también discrecional.

Estados Unidos pasó por alto el Consejo de Seguridad y lanzó una operación militar contra un Estado miembro del sistema de Naciones Unidas, violentando su soberanía. Washington no acudió al Consejo de Seguridad porque conocía de antemano la oposición de Rusia y China. La OTAN misma se extralimitó en sus atribuciones porque, según su carta fundamental, vigente hasta hace poco, sólo podía atacar para defender a uno de sus miembros y porque su ámbito territorial no era otro que el de sus integrantes. Ni Yugoslavia forma parte de la OTAN, ni Kosovo está en su jurisdicción territorial.

De esta manera, Estados Unidos y la OTAN, invocando una presunta defensa de valores universales, se saltó la salvaguarda internacional, a la cual están sujetas por ser parte del sistema de Naciones Unidas.

Estados Unidos ha adoptado una actitud similar cuando ha sido llevada ante el Tribunal Internacional de La Haya por otros estados (Nicaragua). Pero cuando cuenta con los votos necesarios y es ella la que acusa, aplica con todo rigor las resoluciones y veredictos de los organismos del sistema (Irak y Croacia, por ejemplo). A tal punto que, en no pocos casos, su instrumentalización es escandalosa. De la misma manera que Estados Unidos instrumentaliza a Naciones Unidas, cuando se lo permiten, también ha instrumentalizado a la OTAN —tal como lo ha hecho en repetidas ocasiones con la Organización de Estados Americanos, excepto que a ésta la trata con menos respeto. Bajo la égida estadounidense y para subsanar las limitaciones de su carta fundacional, la OTAN ha redefinido su misión estratégica con motivo de su 50 aniversario. A partir de ahora, se propone utilizar su aparato militar para defender los derechos humanos no sólo en territorio europeo, sino que también en una zona amplia e indefinida, llamada euroatlántico, la cual incluye su todavía más amplia e indefinida periferia y todo ello sin consentimiento previo de Naciones Unidas. Dicho de otra manera, la OTAN se ha alineado con Estados Unidos, instrumentalizando la defensa de los derechos humanos.

Estas novedades de la política exterior estadounidense tienen otras implicaciones importantes. Con ellas, Estados Unidos ha abierto la puerta para que potencias nucleares y biológicas como Rusia y China actúen de una manera similar en las que consideren sus zonas de influencia, así como ella y la OTAN lo hacen en Yugoslavia en la actualidad y se disponen a hacerlo en el futuro, en toda la zona que han tenido a bien llamar el euroatlántico y su periferia. La actuación de Estados Unidos ha dejado a merced de las potencias a las naciones que no poseen armamento nuclear. La humanidad está entrando así en el incierto reino del más fuerte.



La actuación de Estados Unidos y sus aliados entraña tal grado de discrecionalidad que la seguridad y la certidumbre, esenciales a todo orden jurídico, casi desaparecen. Quebrantar el derecho con la excusa de defender de la justicia, equivale a introducir la arbitrariedad y dejar a los pequeños y débiles a merced de las veleidades de los poderosos. A la guerra actual se ha llegado porque el poderío militar estadounidense no tiene contrapeso. Estados Unidos y sus aliados, pero más aquél que éstos, deciden por sí mismos y ante sí mismos, pisoteando los derechos de los demás e invalidando el ya de por sí precario orden internacional.

No se puede exigir a los estados nacionales que se abstengan de abusar del poder que con frecuencia detentan de manera ilimitada cuando en el ámbito internacional las grandes potencias lo ejercen de manera arbitraria. Tampoco tienen solvencia política para impedirles intervenir en los asuntos internos de sus vecinos cuando ellas mismas intervienen continuamente. Ninguna de estas intervenciones, ya sea política o militar, por lo que tienen de imposición ajena al bienestar real de la mayoría de la población, arroja resultados positivos. Ni siquiera sus promotores suelen alcanzar lo que presuntamente buscan con ellas.

---

La intervención de Estados Unidos en Yugoslavia, a través del paraguas de la OTAN, no sólo ha puesto en grave peligro el orden jurídico internacional, ya de por sí débil, sino que también ha instrumentalizado de una manera burda la defensa de los derechos humanos y la causa humanitaria.

---

Se podrá objetar que los abusos de poder del régimen serbio y su pertinacia volvieron la guerra inevitable. Pero a esto se puede responder con el principio tradicional de la guerra justa —hasta donde una guerra puede ser justa. Según esta antigua tesis, el uso de la fuerza sólo se justifica cuando los medios utilizados son racionalmente necesarios para conseguir el fin buscado y el mal causado con su empleo no es mayor que el que se trataba de evitar. Si esta condición no se cumple, tampoco la primera, pues ambas están implicadas. La evidencia acerca del mal causado por el bombardeo es abrumadora tanto entre los albanokosovares musulmanes como entre otras etnias y naciones vecinas. A lo cual habría que agregar la destrucción de la infraestructura de Yugoslavia.

Además, si la motivación real de la guerra es la confrontación de dos nacionalismos (el serbio y el albanés) —no la ideología ni un determinado interés material—, cuyo único objetivo es la independencia *versus* la dominación, la guerra no es el medio más adecuado para disminuir el nivel de dicha confrontación. Al contrario, es un medio ideal para exacerbar el nacionalis-

mo. Respalda uno de esos nacionalismos, menos agresivo que el otro, pero tan radical como él, en contra del otro, no es ninguna solución. El bombardeo y sus efumísticamente llamados daños colaterales, es decir, la muerte de civiles inocentes, la destrucción de Yugoslavia y la desarticulación de los Balcanes han unido a los serbios contra el resto de Europa y a los habitantes de los Balcanes contra occidente. Si lo que buscaba la OTAN era que el pueblo serbio se levantara contra el régimen, ha conseguido precisamente lo opuesto. Nunca Milosevic había conseguido encarnar la identidad serbia como hasta ahora, ni nunca había sido tan popular. Ya desde la segunda guerra mundial quedó demostrado que un pueblo bombardeado de manera sistemática se aglutina alrededor de sus dirigentes, con independencia de quiénes sean éstos.



La falsedad de la justificación humanitaria del ataque aéreo se hace evidente al observar que Estados Unidos y sus aliados no actúan con la misma determinación contra los asesinos de Ruanda, Timor Oriental o Turquía —que aunque forma parte de la OTAN, se comporta con los kurdos de forma similar a como lo hace Milosevic con los kosovares musulmanes. En América Latina —y, sin duda, también en otros continentes— existe una larga historia de tolerancia e incluso de apoyo explícito a dictadores represivos. No sólo hay raseros dobles, sino múltiples. La razón última que explica las intervenciones militares estadounidenses no es su compromiso con los derechos humanos, su aprecio por la libertad o su dedicación a promover la democracia, sino su poder imperial. Los derechos humanos, la libertad y la democracia son una fachada útil para ocultar el verdadero interés con la valiosa e incondicional colaboración de las grandes cadenas noticiosas estadounidenses.

No obstante, Estados Unidos tiene respuesta a la objeción sobre la selección de sus objetivos militares. No actuar en todos los casos, no significa no actuar en ninguno. Kosovo está en Europa y Europa es esencial para la

seguridad estadounidense. De nuevo, la razón última sería la seguridad de Estados Unidos, cosa también discutible, porque no está claro qué amenaza representa Kosovo para dicha seguridad. Sin embargo, es la misma razón que convirtió a América Latina en patio trasero de Estados Unidos y a El Salvador en la última trinchera donde decidió pelear, también de forma unilateral y discrecional, la que llamó batalla crucial contra el comunismo. Por ella derrocó gobiernos como los de Arbenz, en la Guatemala de los cincuenta, y Allende, en el Chile de los setenta, apoyó dictaduras como la de Somoza en Nicaragua, la de los militares salvadoreños y guatemaltecos o la de Pinochet, entrenó y armó a los ejércitos latinoamericanos, les enseñó a espionar, torturar y matar. La acumulación de evidencia es demasiado grande y muy dolorosa como para aceptar ingenuamente el humanismo estadounidense de final de siglo.

---

No se puede exigir a los estados nacionales que se abstengan de abusar del poder que con frecuencia detentan de manera ilimitada cuando en el ámbito internacional las grandes potencias lo ejercen de manera arbitraria.

---

El humanismo no se promueve con bombas y misiles. Pareciera que ha llegado el momento de aprender de las trágicas y dolorosas lecciones de este siglo y comenzar a pensar de otra manera, una que sea menos militar y más humana. La guerra, incluso cuando se emprende para defender la vida amenazada de los débiles y cuando se ampara en los instrumentos legales internacionales, siempre es un mal y, en cuanto tal, debe hacerse el máximo esfuerzo por evitarla. La guerra es un arma desgastada (Umberto Eco).

#### 4. El principio de realidad

Europa no había experimentado hasta ahora de manera directa el poder del gendarme mundial que es Estados Unidos. En cambio, América Latina, Asia y el oriente saben ya desde hace bastante tiempo lo que ese poder representa. Estados Unidos es un policía único que no tolera la independencia y teme la conformación de bloques regionales que puedan llegar a contrarrestar su poder. Es por eso que ella dirige, y también paga, la guerra de Yugoslavia. Esta no puede ser sino su guerra y ni siquiera lo disimula. Sus aliados europeos aparecen relegados a un segundo plano. El que la subordinación de la OTAN a los intereses estadounidenses haya ocurrido justo cuando la Unión Europea está dando un paso decisivo hacia su unificación al lanzar una moneda única (el euro), con capacidad para competir con el dólar en los mercados financieros internacionales, puede no ser una simple coincidencia. Con la subordinación de la OTAN, cualquier pretensión de autonomía europea ha quedado muy recortada.

De la dedicación conjunta de la OTAN y Washington a la defensa de los derechos humanos no se puede esperar nada bueno, porque es una defensa subordinada a intereses espúreos. ¿Qué se puede esperar de un Washington que en Yugoslavia asegura defender la civilización occidental, pero que en temas de interés mundial —como la contaminación ambiental, las minas antipersonales, el tribunal penal internacional, etc.— vota con China, Irán y Arabia Saudita, países a los cuales critica duramente por su irrespeto a los derechos humanos? Si la defensa de los derechos humanos priva sobre el principio de soberanía, tal como sostiene Washington en Yugoslavia, después de acabar con Serbia, debiera continuar con Chiapas, Tibet o Kurdistán. Sin olvidar nacionalidades y etnias que forman parte de un Estado al cual consideran opresor y del cual buscan librarse. Lamentablemente, en el mundo actual abundan los estados que violan de forma sistemática los derechos de su población y de los grupos que luchan por su independencia.

Los peligros que entraña la brecha abierta tan irresponsablemente por Washington en las relaciones internacionales están a la vista en Yugoslavia. Si no tuviera el poder que tiene en la actualidad, Estados Unidos se esforzaría por consolidar un sistema internacional como el de Naciones Unidas. La alianza incondicional de la OTAN con Washington deja los derechos humanos más expuestos a la instrumentalización. Al caer en la esfera de influencia estadounidense, Europa occidental está abandonando con rapidez su independencia, un punto de referencia importante en el concierto de las naciones. De esta manera, la fuerza política que pudiera derivarse de la consolidación de su unión ha sido cooptada con gran habilidad por los intereses estadounidenses.

---

El humanismo no se promueve con bombas y misiles.  
Pareciera que ha llegado el momento de aprender de las trágicas  
y dolorosas lecciones de este siglo y comenzar a pensar  
de otra manera, una que sea menos militar y más humana.

---

Ahora bien, si las realidades políticas del mundo actual no dejan otra alternativa que Estados Unidos haga las veces de policía universal, entonces, habría que normar el ejercicio de su poder por medio de una legislación y un tribunal internacional a los cuales todos los estados debieran someterse voluntariamente, incluido, claro está, Estados Unidos. Parte importante de este nuevo orden internacional es un tribunal penal ante el cual los estados y sus jefes rindan cuentas de sus acciones. Lo contrario significaría el contrasentido de intentar imponer la democratización local desde una dictadura internacional. Otra cosa distinta es si Naciones Unidas es el organismo adecuado para asumir estas funciones o habría que sustituirlo por otro que se adapte

mejor a la nuevas realidades, incluyendo el control sobre las grandes potencias. Reconocer el poder *de facto* que Estados Unidos tiene y ejerce en la actualidad de manera discrecional es aceptar la arbitrariedad y el imperialismo.

Además del poder imperial estadounidense, el otro poder que saldrá fortalecido de la guerra de Yugoslavia es el estamento militar. La guerra es lo suficientemente real y posee la envergadura necesaria para que tanto los ingenieros como los generales comprueben la eficacia de su armamento y su estrategia. No es lo mismo simular pruebas en las pantallas de las computadoras o en situaciones controladas que en la realidad. Adicionalmente, la guerra justifica el mal llamado presupuesto de defensa estadounidense (E. Galeano), que ya alcanza los 112,000 millones de dólares. No deja de ser contradictorio que con un presupuesto militar tan abultado, Estados Unidos no pueda atender debidamente las necesidades básicas de su población. Mientras el presupuesto de los militares crece, el del Estado de bienestar es recortado de manera drástica.

La guerra de Yugoslavia no defraudará a los poseedores de las acciones de las grandes empresas dedicadas a la fabricación de armamento y equipo militar. El valor de dichas acciones experimentará una subida de precio sustancial. Sólo en la primera noche de bombardeo, Estados Unidos gastó tanto dinero como el total de la ayuda prometida a los países centroamericanos, devastados por el huracán Mitch. Cada bombardeo nocturno cuesta unos 330 millones de dólares y el *F-117* derribado al comienzo de la operación costaba unos 45 millones de dólares. Las grandes empresas de armamento necesitan clientes para vender su producción y éstos deben encontrar enemigos para consumirla.

Todo ello con la enorme ventaja de no contar con bajas en las propias filas ni ver las víctimas ocasionadas en las del enemigo. Pese a la gran cantidad de información que las cadenas estadounidenses proporcionan, la cual no pocas veces raya en la propaganda burda —un recurso que también utiliza con bastante éxito el régimen serbio—, se pone mucho cuidado en no transmitir el sufrimiento humano. Una mirada superficial no es capaz de distinguir la diferencia entre un juego electrónico y la realidad de la guerra. En esta guerra, el sufrimiento humano sólo se puede palpar mirando las caras de los refugiados.

Estados Unidos y sus aliados deben volver a la realidad. Aquélla no acudió al Consejo de Seguridad porque conocía de antemano el veto de Rusia, pero ello significaba que la solución del conflicto yugoslavo pasaba por ella. En efecto, la salida del callejón sin salida en el cual se han metido Estados Unidos y la OTAN se ha comenzado a atisbar en el momento en que la diplomacia rusa ha entrado en acción. Es decir, el bombardeo y toda su secuela de sufrimiento humano y destrucción material pudo haberse evitado si los políticos y los diplomáticos hubiesen sido más diligentes. Ahora se sabe

que las condiciones que los negociadores de las potencias occidentales querían imponer al régimen yugoslavo en Rambouillet (Francia) equivalían a una ocupación militar inaceptable. Es irónico que, después de más de seis semanas de guerra y miles de millones de dólares derrochados, el conflicto se encuentre en su punto de partida.

---

El Salvador conoce bien, porque los ha experimentado en carne propia, la inutilidad y el sufrimiento de la guerra para resolver los problemas sociales. Por eso, debiera oponerse tenazmente a la solución militar de los conflictos y volverse un abanderado de la negociación y la paz, en todos los foros internacionales. Pero lejos de eso, ha apoyado de manera incondicional y sumisa la postura de Estados Unidos y la OTAN.

---

A las partes implicadas no les queda más que una salida formalmente honrosa, que deje la situación más o menos tal como estaba al principio. Milosevic estaría dispuesto a negociar con la mediación de Rusia y Naciones Unidas, pero no va a ceder más allá de una autonomía regional, supervisada por Naciones Unidas. Una autonomía que Estados Unidos y sus aliados podrían presentar como un gran triunfo, aunque harán lo imposible por formar parte de la supervisión internacional. En realidad, no tienen otra alternativa, a menos que derrotaran militarmente a Milosevic, lo cual implica desembarcar tropas y la destrucción total de Yugoslavia. El costo humano de ambas acciones sería enorme y el resultado final estaría lejos de ser satisfactorio, porque crearía un enclave que pronto se convertiría en un nuevo foco de tensión y violencia. La derrota militar total no es una opción viable. Repartir Kosovo no tendría mucho sentido, porque Serbia se reservaría la parte geográficamente más próxima y fértil y dejaría a Albania la parte más pobre y porque también supondría la existencia de un foco de tensión permanente. Por lo tanto, la autonomía regional supervisada internacionalmente es la mejor opción a la vista, pero tampoco ofrece una solución radical del conflicto, el nacionalismo.

Una guerra cuyo final, como el final de todas las guerras que no concluyen en la derrota total con una pérdida elevadísima de vidas humanas y la destrucción total, acabará, tarde o temprano, en una mesa de negociación política, donde las partes enfrentadas se verán obligadas a hacerse concesiones mutuas, nunca debió haber tenido lugar. El fiasco de Yugoslavia se debe a la incompetencia de los militares, los diplomáticos y sobre todo de los políticos, pero también tiene mucho de irracionalidad y amoralidad. Pareciera que en la misma medida en que la humanidad progresa tecnológicamente, aumenta su sin sentido. No es cualquier sin sentido, sino uno muy peligroso por su enorme poder de destruc-

ción. Más peligroso en cuanto la humanidad se muestra cada vez más insensible ante las necesidades de los más vulnerables y débiles.

El final de siglo XX hace honor a la larga historia de guerras y conflictos de carácter imperialista con su pesada carga de militarismo, armamentismo y tecnología. Es preocupante que todos estos males, en lugar de retroceder y ceder espacio a la negociación política y a la convivencia pacífica, se extiendan y hasta gusten. La inutilidad de las guerras y el enorme sufrimiento que ocasionan no han sido suficientes para hacer que la humanidad encuentre la sensatez y el sentido verdadero de su propia realidad. El Salvador conoce bien, porque los ha experimentado en carne propia, la inutilidad y el sufrimiento de la guerra para resolver los problemas sociales. Por eso, debiera oponerse tenazmente a la solución militar de los conflictos y volverse un abanderado de la negociación y la paz, en todos los foros internacionales. Pero lejos de eso, ha apoyado de manera incondicional y sumisa la postura de Estados Unidos y la OTAN.

Han podido más las ambiciones y los egoísmos. En lugar de invertir recursos ingentes en tecnología militar —una práctica irresponsable compartida también por los países del tercer mundo— para satisfacer las expectativas de una profesión mal entendida y enriquecer a los accionistas de las empresas de armamento y equipo militar, a costa del hambre, la enfermedad y la miseria de la mayoría de la población mundial, la humanidad debiera esforzarse por evitar las guerras, utilizando su riqueza en construir la paz con justicia y en solidaridad. Buena parte de esta responsabilidad recae sobre la clase política. Tanto la guerra como el desarrollo humano son decisiones esencialmente políticas. Por consiguiente, a ella habría que pedirle cuentas, en primer lugar, del estado de inhumanidad en el que vive la mayor parte de la población mundial.

Una civilización que sólo puede sobrevivir apoyada en la fuerza militar y capaz de sacrificar la vida de la mayoría de su población, en aras de ambiciones y egoísmos inconfesables, es perversa y no vale la pena. Occidente adolece de una maldad muy honda cuando invoca principios humanitarios y de soberanía para justificar la violencia. La sociedad salvadoreña no es ajena a esta maldad cuando, pese a su cruel y dolorosa experiencia, todavía sigue pensando en soluciones violentas para problemas tan complejos como la delincuencia común. No es extraño, entonces, que se haya identificado sin escrúpulos con los objetivos estadounidenses en Yugoslavia. Ignacio Ellacuría señaló con gran acierto que a la civilización hay que juzgarla por lo que produce y si la civilización del capital sólo produce el enriquecimiento de unos pocos y destrucción y muerte, desde un punto de vista ético y cristiano, no queda más alternativa que condenarla y subvertirla.

San Salvador, 12 de mayo de 1999.